

CORPUS CHRISTI

QUERIDOS HERMANOS,

Celebramos hoy la fiesta del *Corpus Christi*, en la que profesamos muy conscientemente lo más hondo de nuestra fe. Aquí se muestra lo que nosotros realmente creemos, en lo que tenemos nuestra esperanza y nuestra guía para la vida, como personas y, desde hace mucho tiempo, como pueblo en esta tierra gallega.

Creemos en el Hijo de Dios hecho carne, en su entrega por nosotros, en la que se revela para siempre el amor de Dios y la grandeza más plena del corazón humano, de nuestra humanidad.

No hay, no reconocemos otro Dios más que el que se nos da aquí de modo muy real en la Eucaristía, capaz de bajar a lo más hondo, de levantar al más pequeño, de tener compasión del mundo, de amar al pecador y darle esperanza. Esta es la mayor y mejor expresión de Dios en nuestra tierra, más incluso que el esplendor del sol, del mar, de nuestros valles y montañas. En su presencia, percibida en la fe, todas las cosas adquieren mayor firmeza, reafirma su bondad. La creación entera aparece a una nueva luz, la del amor y la sabiduría divinas, y la vemos como hermana, no como ajena o enemiga, ni como simple material para nuestra manipulación.



Pero este amor de Dios en el que creemos se refleja en primer lugar en el rostro del prójimo y de cada uno, sin discriminaciones ni exclusión. Nos da la certeza de la dignidad de cada persona, la esperanza por su destino bueno; nos habla de la necesidad del respeto y del cuidado, de la caridad verdadera.

Nosotros hoy celebramos públicamente que el Señor Jesús nos ha amado, se ha entregado por nosotros y se nos da en comunión. La suya es ya para nosotros la estatura verdadera del ser humano, hacia la que todos estamos llamados a crecer. En Él vemos realizada la mayor grandeza, la victoria definitiva del hombre sobre el egoísmo y el odio, sobre la soledad y la muerte.

No reconocemos otro ideal de humanidad. Sabemos que cualquier otro será siempre más pequeño y más ajeno a nuestro corazón, menos capaz de comprender, defender y salvar nuestra persona y nuestro existir.



Y por eso tampoco disponemos de otra sabiduría para guiarnos en la vida diferente de la que aprendemos en la Eucaristía, en el sacramento del Cuerpo y la Sangre del Señor: no separarse ya nunca del amor de Dios, ni separarse o abandonar al hermano; sino seguir la ley de la caridad que aquí se comparte, pidiendo al Espíritu Santo que nos guíe con su inteligencia y sus dones en todas las circunstancias.

Donde está nuestro tesoro, allí está nuestro corazón. Pues bien, este es nuestro tesoro. Esto proclama con sencillez nuestra fe: cerca de Ti, Señor Sacramentado, yo quiero estar, que ves mi dolor cuando nadie lo ve, que me escuchas y no me olvidas, el único que puedes darme la paz. Permaneciendo en Su presencia, se ilumina nuestro rostro y el del hermano, y los caminos de la vida, a pesar de los momentos de incertidumbre y de la oscuridad del mal.



La Eucaristía es sacramento de la paz y de la unidad. En ella somos amados por aquel que quita nuestro pecado, que vence divisiones generando fraternidad verdadera, que nos da parte en la comunión plena de sus discípulos, de la Iglesia. Aquí nos acoge, y se nos da como aliento nuevo del alma, una caridad que es divina y también humana, que da sentido a todas las cosas y que permanecerá para siempre.

En este sacramento santísimo el Espíritu de Dios convierte para nosotros a la humanidad de Jesús en alimento, en fuente de un amor capaz de sostener toda la vida: un amor que es paciente y benigno, que no tiene envidia, no presume ni se engríe, no se irrita, no lleva cuentas del mal, goza con la verdad. Que no pasa nunca, que vence incluso a la muerte y nos lleva al cielo.

La codicia, la soberbia de quien tiene que afirmarse en el mundo por encima o contra los demás, de quien necesita apoderarse de las cosas, de la riqueza, de las personas, para satisfacer la propia voluntad; todas estas pasiones, que parecen gobernar el mundo, no conducen nuestra vida ni nuestras sociedades a la paz y al bien; aunque se nos presentan a veces muy romantizadas o sean incluso glorificadas públicamente.

Nosotros queremos reconocerlas claramente como una equivocación, lamentamos haberles prestado cuerpo y alma, y pedimos perdón por ello, por nuestro pecado.

La novedad de vida significada por la Eucaristía, lo absoluto y lo real de su amor, de la presencia y cercanía del Señor, se corresponde con el deseo de nuestro corazón. Este es el misterio en el que creemos. Y es lo que necesita nuestro mundo para dejar atrás luchas y violencias, mentiras e injusticias, la soledad y la infelicidad. Y la guerra misma.



En este tiempo nuestro, en que la guerra se instala como inevitable, crece y amenaza hacerse global, nosotros pidamos hoy la paz: la paz del Señor para con nosotros, como nos ofreció en sus primeras palabras el papa León; y la paz para los pueblos y para el mundo.

Pidamos hoy por el fin de las guerras, de las violencias sobre personas, familias y pueblos. Nuestro mundo sufre, necesita la palabra del Evangelio, la fe en la Eucaristía, nuestro testimonio como Iglesia.

Pidamos al Señor vivir y construir nosotros la paz en nuestros entornos, sabiendo amar y apreciar la verdad, creciendo en el respeto por las personas, en caridad mutua, que escucha y dialoga, que va al encuentro de las necesidades.

Mantengamos la esperanza. Que la confusión y el ruido del mundo no oscurezcan nuestra fe. Las guerras no son ineluctables. Pidamos por la paz en el mundo, que se construirá, con la ayuda de Dios, sobre la misma base: recuperar el amor a la verdad, el respeto por la vida y la conciencia del prójimo –del diferente y, sobre todo, del más débil–, renunciando a absolutizar la propia voluntad de dominio, de poder y de riquezas.

En la Eucaristía Dios ama al hombre para siempre, viene a nuestro encuentro cada día. A nosotros nos es dado acogerlo con fe, responder a Dios con amor.

En este día de *Corpus* lo proclamamos de nuevo: esta es nuestra fe, esta es la verdad de las cosas, el camino del bien, la esperanza para el mundo. La esperanza para cada uno de nosotros, hermanos ya, aún siendo todavía pecadores, y la esperanza más grande para nuestros seres queridos, vivos y difuntos.

En la Santísima Eucaristía tenemos nuestra paz. Que Dios nos guarde en ella a nosotros, a nuestras familias, a nuestra ciudad de Lugo y a nuestro mundo.

¡MUY FELIZ DÍA DE CORPUS A TODOS!

+ Alfonso,
Obispo de Lugo